



www.loqueleo.com/es

© 2020, Isaac Palmiola Creus

Autor representado por IMC Agència Literària

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-379-5

Depósito legal: M-11.358-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz

Ilustración de cubierta: Ana Oncina



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UNA OPORTUNIDAD PARA NIVAN

Isaac Palmiola



loqueleg



Nivan se tiró al suelo deslizándose por el césped, pero el balón pasó a escasos centímetros de su bota y no consiguió detenerlo. Con impotencia, vio como el delantero ashtar controlaba la pelota con la zurda, regateaba a un compañero y remataba con la derecha. El certero disparo entró por la escuadra de la portería y levantó gritos de alegría en las gradas del campo.

Desesperado, Nivan se quedó tumbado en el suelo cubriéndose la cara con las manos. Gol en el minuto 90 y 3 a 2. El equipo había tenido que pelear mucho para mantener el empate. Habría sido el mejor resultado de la temporada, pero ahora los dos goles que él había metido no servirían para nada. Otra derrota.

Abrió los ojos y contempló el firmamento. Como cada atardecer en UH58, las seis lunas brillaban

en el cielo violáceo salpicado por centenares de estrellas.

Llorad, huerfanitos
de especies inferiores
no tenéis ni padres
todos sois perdedores.

8

El público empezó a entonar un cántico que él y sus compañeros tenían que soportar en todos los campos de la liga juvenil. Detestaba aquella pseudocanción de melodía fácil. Tanto que se puso en pie de un salto solo para no darles la satisfacción de verle afectado.

—Humano y huérfano... ¿Se puede ser más desgraciado? —El delantero que acababa de meter el gol pasó por su lado y escupió en el suelo con desprecio.

Nivan le ignoró pese a que aquellas palabras le irritaron sobremanera. Todos sus rivales eran de raza ashtar, la especie dominante en todo el universo. Tenían los ojos de un azul casi transparente, el pelo plateado o dorado y unos músculos fuertes y elásticos que les permitían moverse rápido, chu-

tar con fuerza y sufrir pocas lesiones. De hecho, no era ninguna casualidad que la mayoría de jugadores de la Champions Interplanetaria fueran de raza ashtar.

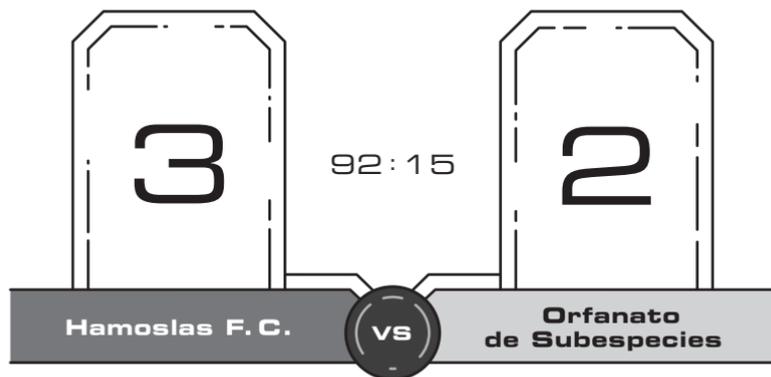
Llorad, huerfanitos
de especies inferiores
no tenéis ni padres
todos sois perdedores.

9

Nivan intentó hacer oídos sordos a aquellos cánticos. Aún tenía la respiración entrecortada por el esfuerzo cuando Txanko se acercó a él y colocó una inmensa manaza en su hombro.

—¿No vas a dejar que esto acabe así, verdad?
—le dijo su amigo.

Nivan miró el marcador y vio que aún quedaban dos minutos para que acabara el encuentro.



Al lado de su amigo, Nivan, enclenque y de aspecto frágil, parecía diminuto. Y es que Txanko era descomunal. Como todos los ursais, era alto y robusto, con la piel de un verde muy oscuro y una fuerza tan prodigiosa que convertía a los de su especie en los mejores defensas centrales del universo. Tal vez no fueran los más hábiles con la pelota en los pies, pero su contundencia era célebre y en el equipo todos sabían que sin Txanko les meterían una docena de goles por partido.

—Te doy un pase largo y tú metes gol —soltó Txanko como si fuera la cosa más fácil del mundo—. Y ese ojeador de allí lo verá y te fichará por algún equipo profesional.

Nivan se giró para mirar hacia donde señalaba Txanko y vio la figura de pie, detrás de una valla. Era un humano, algo sumamente extraño en UH58, planeta donde casi todos eran ashtars. Las pocas excepciones se encontraban en el orfanato donde él se había criado, un lugar donde convivían especies tan variopintas como wüglens, zamblers, humanos, vivions o ursais, entre otros muchos. Todos ellos estaban destinados a trabajar en alguna de las numerosas fábricas de tabletas alimenticias

que había en el planeta. La única alternativa, algo casi imposible, era convertirse en jugador profesional de fútbol y por eso todos soñaban con ser elegidos por uno de esos ojeadores que viajaban de planeta en planeta para contratar a jóvenes talentos.

—¿Cómo sabes que es un ojeador?

—¿Por qué iba a estar ahí si no lo fuera? —replicó Txanko—. Vamos, tú concéntrate en meter gol.

11

A Nivan le pareció que el supuesto ojeador le miraba. Era un hombre de mediana edad, vestido con una larga gabardina que le llegaba hasta los pies. Seguía el partido de pie detrás de una valla, sosteniéndose sobre un par de muletas que dejaba a un lado de vez en cuando para acariciarse la espesa barba con aire pensativo.

—¡Vamos, Nivan, tú puedes! —gritó uno de sus compañeros.

Él sabía que era la gran esperanza de su equipo. Pese a ser el más joven y jugar en el mediocampo, había metido la mayor parte de los goles de su equipo y los pocos que no había marcado se habían producido tras una asistencia suya, casi siempre en una falta o en un córner rematado por Txanko.

Escuchar al público canturrear aquella canción odiosa le dio ánimos para intentarlo con todas sus fuerzas. Ojalá pudiera callarles con un gol. Corrió hacia el círculo central y esperó a que el árbitro les autorizara a reanudar el partido. Tras el silbido, Nivan pasó el balón atrás y avanzó trotando hacia campo contrario. Un par de rivales ashtars, conscientes de que ya les había marcado dos goles, le siguieron de cerca. De reojo vio como la pelota llegaba hacia Txanko, en el centro de la defensa. Su amigo esperó un poco y golpeó con fuerza hacia arriba.

«Es buena», pensó Nivan.

Corrió hacia el balón y pegó un salto para controlarlo con la punta del pie. Sorteó a un rival que trató de quitarle el balón y levantó la cabeza. Pegado a la banda, el extremo derecho de su equipo estaba sin oposición, pero no pedía la pelota, como si no quisiera que se la pasaran. Nivan comprendió que tendría que cocinárselo él mismo. Encaró a un rival y le hizo un regate. Se deshizo de un segundo y de un tercero y corrió hacia el defensa central, el único que aún podía detenerlo. Hizo una bicicleta que le rompió la cintura y salió rápido como

un cohete, solo ante el portero. Se disponía a disparar desde la frontal del área cuando recibió una violenta patada a la altura del tobillo. Nivan cayó rodando por el suelo mientras levantaba el brazo derecho para pedir la falta. El árbitro pitó la infracción y mostró la cartulina roja al defensa.

—Buabuabua —se mofó el ashtar frotándose los ojos como si llorara—. Lloro, feo, más que feo. ¿Sabes por qué eres huérfano? Porque cuando tu madre te parió se murió del susto al ver lo feo que eras...

13

Nivan se puso en pie de un salto pese a que tenía el tobillo magullado, dispuesto a encararse a aquel imbécil. Nunca había conocido a su madre y no podía soportar aquel tipo de comentarios. Iba a abalanzarse sobre él cuando el poderoso antebrazo de Txanko le sujetó con una facilidad pasmosa.

—Eso es lo que quiere, que pierdas los estribos... —le dijo—. Mete el gol y será él quien se vaya a llorar a su casa...

Nivan se dio cuenta de que su amigo tenía razón. Con la respiración entrecortada, se frotó el tobillo magullado y volvió a mirar el marcador. Aquella sería la última jugada del partido, un libre directo. El balón, muy centrado, estaba en una buena posición

para marcar, ideal para Txanko. Su amigo no chutaba con precisión, aunque la potencia de sus disparos era temida por todos. Lo normal era que chutara el ursai, pero Nivan se moría de ganas de pegarle al balón y su compañero pareció darse cuenta.

—Chuta tú —le pidió Txanko bajando la voz para que nadie le oyera.

14 —Vale —contestó él tapándose la boca con la mano—, pero deben creer que vas a ser tú...

Su compañero asintió golpeándose el pecho con la palma de la mano, colocó el balón con mimo en el suelo e hizo un gesto de desafecto, como si no le gustara aquella decisión. El teatro pareció funcionar porque el portero rival miraba fijamente a Txanko y los adversarios que habían formado la barrera ponían cara de susto, convencidos de que sería el ursai el encargado de sacarla.

El árbitro autorizó a lanzar la falta. Txanko fingió chutar con una finta, pero fue Nivan quien golpeó con el pie derecho...

El balón superó la barrera mientras el portero, totalmente sorprendido, contemplaba impotente como el preciso disparo entraba rozando su poste izquierdo.

—¡¡¡Gooooool!!!

Todos sus compañeros corrieron a abrazarlo mientras el árbitro indicaba el fin del partido. Sus rivales, con mal perder, se retiraban a los vestuarios sin darles la mano y el público permanecía en completo silencio. Entre abrazos y felicitaciones, Nivan se fijó de nuevo en el tipo de la gabardina y las muletas, y volvió a tener la sensación de que le estaba mirando. Parecía contento por el resultado. Aplaudía con una sonrisa en su rostro barbudo mientras celebraba entre aplausos el gol del empate.

—¡El ojeador va a ficharte! —exclamó Txanko, y él negó con la cabeza porque no quería hacerse ilusiones con una idea tan absurda e improbable.

Eufórico por el inesperado final, Nivan recibió las felicitaciones del entrenador y de sus compañeros. Acostumbrados a perder casi siempre, aquel resultado sabía a victoria y lo celebraron entre cánticos y bromas pese a que a la vuelta les esperaban las habituales tareas de mantenimiento en el orfanato. Trabajo duro. Pero, después de ver como había enmudecido el público tras el tercer gol de Nivan, ya nada podría arrebatarles la sonrisa que todos tenían en los labios.

Como casi siempre, los últimos en salir del vestuario fueron Txanko y Nivan, ambos con la mochila colgada en la espalda y de buen humor.

—Has hecho un partidazo —le dijo Txanko con su voz grave y fuerte—. Ese ojeador ha venido a por ti, estoy seguro.

16 —Ha venido a por los dos, ya lo verás —bromeó él—. Nos ofrecerá un contrato muy jugoso, nos haremos inmensamente ricos y nos compraremos un planeta solo para ir de vacaciones. ¿Qué te juegas?

—Ríete tanto como quieras —dijo Txanko—, pero estoy convencido de que es un ojeador de verdad...

Salieron de las instalaciones y el aerobús les esperaba en la puerta, flotando a un palmo del suelo con todos los motores de reacción activados. Junto a la puerta, el entrenador saludaba uno por uno a todos los jugadores que subían al vehículo entre bromas y felicitaciones.

—¡Te lo he dicho! —exclamó Txanko ahogando la voz—. ¡Mira!

Un poco apartado, a unos metros del aerobús se encontraba el hombre de la barba sosteniéndose sobre unas rudimentarias muletas. Era evidente

que le estaba mirando a él. ¿Y si Txanko tenía razón? Por un momento, pensó que podía ser cierto. Nivan tragó saliva con dificultad y miró al suelo, incapaz de vencer su timidez.

—¡Gran partido, grandullón! —El entrenador felicitó a Txanko y el ursai subió al vehículo.

Nivan se disponía a seguir a su amigo, pero el entrenador le detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Ese señor quiere hablar contigo —le dijo—. Se llama Zoly Viengon.

Notó como las palmas de las manos le sudaban y el corazón se le aceleraba, como si tuviera que chutar un penalti decisivo en el último minuto. Pero se esforzó en sonreír. Caminó hacia el hombre y le ofreció la mano.

—Me llamo Nivan —se presentó—. Encantado de conocerle...

La reacción del tal Zoly Viengon fue de lo más extraña. Parecía haberse quedado sin habla. Le temblaba el labio inferior y sus ojos castaños estaban húmedos por la emoción.

—Lo siento, Nivan, no he podido venir hasta ahora —susurró—. Soy tu padre.



18

—Yo no tengo padre —contestó.

La voz le salió dura, y la afable sonrisa desapareció bruscamente para dar paso a unas facciones tensas y contrariadas.

—Lo siento, Nivan —repitió el hombre de la barba—. No he podido venir hasta ahora.

El tal Zoly Viengon se apresuró a proyectar una pantalla flotante con el comunicador de pulsera. Era el certificado de nacimiento de un niño nacido hacía quince años y censado con el nombre de Nivan Viengon.

—¿Lo ves? En el orfanato ya han verificado que es auténtico... —añadió.

El documento llevaba el sello del emperador, pero Nivan negó con la cabeza, mirándole a la cara. Aquel hombre no podía ser su padre. De facciones toscas, tenía los ojos oscuros, la nariz aguileña

y el pelo completamente negro. No se parecía en nada a él. Nivan era rubio, tenía los ojos azules y un aspecto frágil y delicado. Lo único que tenían en común era que ambos pertenecían a la especie humana.

—Seguro que es falso —sentenció—. Búscate a otro huérfano al que engatusar...

De un manotazo, apartó la pantalla flotante con el certificado de su supuesto nacimiento y le dio la espalda. No sería la primera vez que un ciudadano con dudosas intenciones falsificaba documentación para conseguir una adopción autorizada. Nivan se disponía a dirigirse hacia el vehículo cuando notó que Zoly Viengon le agarraba del brazo.

—¡Espera, Nivan, deja que te lo explique!

En el aerobús, todos los rostros de sus compañeros estaban pegados a los cristales, pendientes de la escena. Nivan se giró lentamente, intentando poner bajo control sus emociones. Podía tolerar que le insultaran y le maltrataran. De hecho, estaba muy acostumbrado a ello, pero que le hicieran creer que su padre había venido a por él tras tantos años era más de lo que podía soportar. Si alguna cosa tenía clara en la vida, era que sus padres

estaban muertos, y aceptar aquella verdad no le había resultado nada fácil.

—Ya sé que siempre he estado lejos, pero eso no significa que no haya pensado en ti todos los días, todas las horas de mi vida... —continuó Zoly.

20 Aquel tono tan melodramático le irritó aún más. Los ojos de Nivan se endurecieron y una línea vertical se definió entre las arqueadas cejas. Sintió ganas de golpearle, de gritar y de abofetearle, pero se limitó a cerrar los puños con fuerza mientras las palabras brotaban de su garganta como un torrente incontrolable.

—¿De qué me ha servido que pensaras en mí? ¿Pensabas en mí cuando empecé a trabajar en la fábrica a los siete años? ¿Mientras los capataces me golpeaban y me llamaban «escoria humana»?

El hombre bajó la cabeza, avergonzado, y él no pudo evitar levantar aún más la voz.

—¿Dónde estabas mientras todo eso ocurría? ¡¿Dónde?!

—En la cárcel —respondió él con un hilo de voz. Nivan le miró a los ojos, con desprecio.

—Pues con más razón quiero que me dejes en paz —sentenció—. ¡Aléjate de mí!

—Nivan, por fav...

Esta vez se deshizo de la mano que intentaba sujetarle y escuchó como la muleta se caía al suelo. Nivan subió rápidamente la rampa hacia el aerobús sin mirar atrás y saludó al piloto con un asentimiento de cabeza.

—Ya puedes arrancar —señaló.

En el vehículo se había hecho un silencio sepulcral. Todas las miradas se posaban en él mientras avanzaba por el pasillo central. La alegría por el empate parecía haberse esfumado para dar paso a una tensa curiosidad.

—¡Eh, Nivan! ¿Qué quería ese tío tan raro? —preguntó uno de sus compañeros.

—Dicen que quiere ficharte... ¿Es verdad? —le atosigó otro.

—Solo era un loco —masculló él, y avanzó rápidamente hasta sentarse en su lugar habitual, al fondo del aerobús junto a Txanko.

No pudo evitar que su mirada se le escapara hacia la ventana. El hombre aún no había recogido la muleta del suelo y contemplaba el vehículo con aire desolado, como un perro abandonado. El aerobús empezó a tomar altura y puso rumbo al orfanato a toda velocidad.

—¿Seguro que estás bien, tío? —preguntó Txanko.

—¿Por qué no iba a estar bien? —repuso Nivan.

Imposible disimular. La escena no le había dejado indiferente. Tenía las pulsaciones enloquecidas y todos los músculos en tensión.

—Es que estás sangrando...

22 Era cierto. Nivan cerraba el puño con tanta fuerza que las uñas se le clavaban, hiriéndole la palma de la mano. Se lamió la sangre como si fuera lo más normal del mundo y trató de responder con indiferencia.

—Lo dicho: solo era un loco...

—Te conozco desde que te lo hacías encima, Nivan —insistió—. Y tú no te pones así por un loco...

No soportaba que todos estuvieran pendientes de él, mirándole de reojo y susurrando comentarios que no podía oír. Quería estar solo. Txanko era como un hermano para él, pero necesitaba que le dejaran en paz.

—Era un loco y punto, ¿vale?

Nivan perdió la compostura, elevando la voz más de la cuenta. Se levantó de su asiento con brusquedad y fue a sentarse solo, junto a una de las ventanas delanteras del aerobús. Afuera, el paisaje

alternaba grandes extensiones de edificios industriales con otras donde dominaban los colosales bosques de lafarga. Sus ojos parecían contemplar las vistas, pero su cabeza estaba lejos de allí. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho aquel hombre. Su cerebro había conseguido enterrar a sus padres muchos años atrás y era injusto que ahora tuviera que resucitarlos por las falsas esperanzas de un embustero. Porque estaba seguro de ello. Aquel tal Zoly Viengon no era su padre, sino un oportunista que quería aprovecharse de él. Se repitió una y otra vez la misma idea, pero no consiguió que aquella sombra de duda se desvaneciese por completo.

23

Tenía ganas de llorar. De rabia, de tristeza o de ambas cosas a la vez, pero él nunca lloraba. En el orfanato no servía para nada, solo para que los demás te vieran débil y pudieran aprovecharse de ti. Por eso no vertió la más mínima lágrima. Contempló el paisaje con los ojos secos: los colosales árboles que trepaban hacia el cielo violáceo y las inmensas fábricas de tabletas donde tendría que trabajar hasta el fin de sus días.

A no ser que aquel tipo fuera realmente su padre, claro.